



El vicepresidente y ministro para la Defensa, teniente general Gutiérrez Mellado, en el arsenal militar de Cartagena, donde tuvo que imponer su disciplina. Fraga le acusaría de dividir al Ejército.

EL "GOLPE DE MANO"

HABRA que esperar tal vez al próximo día 30, cuando el vicepresidente Gutiérrez Mellado informe a la Comisión de Defensa del Congreso sobre el llamado, con tranquilizante eufemismo, "golpe de mano". Quizá entonces se ofrezcan al país nuevos datos sobre lo sucedido, y lo que pudo suponer, el pasado 17 en torno a la Moncloa. El resto son rumores. E intentos de capitalizar, por algunos, los acontecimientos.

Por ejemplo, Fraga, que no deja escapar ocasión de arriar el ascua a su particular sardina. El tantas veces escaldado líder de AP acusaría al teniente general Gutiérrez Mellado de dividir al Ejército. ¿Con sus visitas a las distintas guarniciones del país? Visitas como la que realizó a Cartagena y donde fue gravemente insultado por el general Atares, ahora bajo arresto. Para el líder aliadista, los máximos responsables del orden interior y

de la Defensa están gastados y su presencia continuada en el Gobierno no puede sino dividir aún más a la Policía y a las Fuerzas Armadas. Naturalmente, Fraga se guarda muy bien de decir quiénes son los que han contribuido a la operación "desgaste" del vicepresidente: por ejemplo, ciertos órganos de prensa de la ultraderecha, como "Fuerza Nueva", para quien el ministro de la Defensa es simplemente Gutiérrez; "El Alcázar", que anunciaba recientemente la preparación de un "frente político nacional", o "El Imparcial", al que otro diario, "El País", llegó a relacionar con los preparativos para el complot. Lo que hizo que el primero se querellase.

Por cierto, que "El Imparcial", cuyo director, Julio Merino, y uno de sus colaboradores, Fernando Latorre, que firma bajo el pseudónimo de "Merlín", fueron llamados a declarar ante el juez, se empeña en insinuar,

cada vez menos veladamente, a través de sus columnistas, que la "operación Galaxia" no fue nada más que un montaje preparado por el propio Gobierno como pretexto para cortar cabezas. Así, en su sección "Confidencialísimo", Pérez Varela escribía el viernes 24 de noviembre: "¿Quiénes eran los otros tres militares —Inestrilla y Tejero ya están arrestados— que tomaban café en la cafetería Galaxia? ¿Perteneían acaso a los servicios de información militar? ¿Quiénes fueron los jefes y oficiales interrogados por el teniente general Gómez Salazar, designado para llevar la investigación no judicial? ¿Es cierto o no que durante tres o cuatro meses los servicios de inteligencia militar, de una manera lícita, para defender el Estado, estuvieron 'intoxicando' fuentes y haciendo chequeos para ver cómo reaccionaban algunos militares?". Si tenemos en cuenta el índice de lec-

tura de "El Imparcial" o "El Alcázar" entre los militares, comprenderemos también fácilmente el grado de "intoxicación" a que están sometidos como colectividad por esta prensa.

Mientras, cunden, pues, los rumores —y una situación como la de desinformación como la que padecemos es caldo de cultivo excelente—, la Capitanía General de la Primera Región Militar se ve obligada a desmentir "rotundamente" que el general Sáez Larrumbe, inmediato superior del denunciante, coronel Quintero, y del que se ha dicho que también fue contactado por los golpistas, haya sido llamado a declarar por juez alguno, y ruega a los medios informativos "que se abstengan de mencionar nombres y relacionar personas con cualquier clase de hechos sin confirmación".

La prensa, incluso aquella a la que los órganos de la extrema derecha habían acusado de ha-

cer de simple portavoz de las tesis del Gobierno en todo este asunto, como "El País", no se da por satisfecha con las explicaciones oficiales del teniente general Gutiérrez Mellado ante el Pleno del Congreso. Y en el mismo número del domingo 26, en el que se informaba de las optimistas declaraciones de Martín Villa en Londres, donde asistía a una reunión internacional sobre terrorismo, en el sentido de que Fraga y su grupo no habrían logrado utilizar el complot en provecho propio, el propio director del periódico, Juan Luis Cebrián, se quejaba abiertamente de la negativa del Gobierno "con la colaboración de la izquierda, a un debate parlamentario sobre el tema, dando la impresión de que o no tenía aún la información suficiente o que la información que tenía no se atrevía a darla".

Y añadía Cebrián, tras dar por buena, en estas circunstancias, cualquier hipótesis sobre el frustrado golpe: "Aquí, de operata, nada".

Incluso el socialista Enrique Múgica, nada sospechoso de radicalismos verbales, reconocía la existencia de más responsables que los que habían salido hasta el momento a la luz: el teniente coronel Antonio Tejero, de la Guardia Civil; el capitán de la Policía Armada, Ricardo Sáenz Inestrilla, y un tercer hombre, cuya identidad no ha sido revelada. Sobre la mujer de la que se habló en los primeros momentos ha caído una cortina de silencio. Y nada se ha dicho, por ejemplo, de ningún presunto civil implicado. De lo único de lo que parece haber certeza es de que fueron bastantes los militares con quienes entraron en con-

tacto los golpistas; bastantes también, los jefes informados sobre la intencionalidad por sus inmediatos inferiores, y, sin embargo, muy pocos, alarmantemente pocos, los que, por disciplina o acaso porque ellos mismos no estaban convencidos de la viabilidad del golpe en estos momentos, se decidieron a hablar. ¿Cuántos pecaron entonces por omisión?

Lo cierto es que la ya bautizada "operación Galaxia" ha contribuido estos días a aumentar la venta de periódicos. Ante las ambigüedades de la televisión, que se ha limitado casi a dar las escuetas notas oficiales sobre el tema, los españoles se han volcado sobre la prensa escrita en busca de nuevos datos, de algún nombre nuevo que les permitiese reconstruir la trama del complot. Esfuerzo inútil. Porque desde que "Diario 16", el sábado 18, y "El País", el domingo 19, dieron a conocer a la opinión pública las primeras noticias sobre el proyectado golpe, nada nuevo ha trascendido.

Únicamente Fraga ha tenido que rechazar una supuesta im-



plicación en el golpe como la que le atribuía recientemente el periódico italiano "La Republica", al que el líder aliancista había concedido una entrevista. El señor Fraga acusó al periódico de manipulación de ciertas declaraciones suyas, y aprovechó la ocasión, naturalmente, para afirmar que respetaba "dema-

siado a las Fuerzas Armadas, columna básica del Estado, para pensar ni por un momento en ningún tipo de conspiración militar".

A río revuelto, ya se sabe, ganancia de pescadores. Y el señor Fraga es —él mismo se ufana de serlo—, en el arte de la pesca, todo un campeón. ■ J. R.

La izquierda, bajo la espada de Tejero

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

CUALQUIER observador extranjero que llegase a Madrid el sábado 18 de noviembre de 1978, rápidamente echaría un vistazo al calendario para saber si es que acaso no estábamos en 1975. Las noticias sobre un pretendido complot de algunos militares en todos los periódicos, comunicados y llama-

mientos de los partidos obreros y centrales sindicales, declaraciones de líderes políticos sobre las posibilidades del golpe de Estado, la toma de ciudad por las milicias de la extrema derecha, la concentración en la plaza de Oriente, parecían más propias de noviembre de 1975 y provocaban la sorprendente interrogación de si Franco había

muerto realmente o había resucitado.

Perplejidad que aumentaría al comprobar la sorpresa con que la izquierda en general presenciaba los acontecimientos. Porque hasta el mismo viernes anterior, la discusión política se centraba esencialmente en la elaboración del pacto social y en la polémica sobre si el PSOE debería formar gobierno con UCD antes o después de las elecciones generales. Precisamente la misma noche del extraño y confuso complot militar, Santiago Carrillo proponía en el Club Siglo XXI la participación socialista en el poder con anterioridad a cualquier convocatoria electoral.

La reacción fue inmediata en defensa de la democracia y la Constitución. Con la excepción de la extrema izquierda, que parece anhelar estúpidamente una involución dictatorial, socialistas y comunistas han condenado unánimemente el intento de golpe de Estado. La discrepancia aparece una vez más en las formas que ha adoptado esta condena por parte del PSOE y del PCE; aunque al

A pesar de todo, el Jefe del Estado decidió no suspender su viaje a Hispanoamérica. En la foto, Su Majestad el Rey don Juan Carlos brinda junto al Presidente mexicano, López Portillo.

